

de fuego de á doce bien servidas. Lo restante de nuestra artillería, la caballería y la brigada suiza, compuesta de los regimientos de Preux y Reding, llegaron hacia las ocho de la mañana, es decir, cuando ya la acción había durado cuatro horas. La brigada de Pannetier, que cerraba la marcha con los marinos de la guardia, recibió á su llegada orden de situarse á retaguardia en el puentecillo del Rumbler, interceptando el paso á las tropas del general Castaños, en caso de haber éste emprendido la persecución del ejército: nueva desgracia, sobre tantas otras, el no lanzar en masa todas las fuerzas que había disponibles para abrirse paso hacia Bailén y reunirse con las divisiones de Vedel y Dufour.

Al llegar los refuerzos se hizo la acción más encarnizada y general. Desembocamos en la pequeña llanura de Bailén con la brigada de Chabert, la brigada suiza y la caballería, procurando ganar terreno. En vano había intentado nuestra artillería con sus piezas de á cuatro y de á ocho matar los fuegos de la formidable batería de cañones de á doce que protegía el centro de la línea española: á cada instante veía sus piezas desmontadas sin causar daño de consideración á las del enemigo; lo único que conseguía era derribar filas enteras de españoles con las balas que les disparaba á fondo y que herían en las masas compactas que formaban aquéllos. Conducíase con firmeza la brigada suiza de los regimientos de Preux y Reding, situada en el centro, aunque mucho le repugnaba batirse contra los españoles, á quienes siempre había servido, y contra sus mismos paisanos, de los que había varios batallones en el ejército enemigo.

Queriendo en aquella sazón los españoles sacar partido de su superioridad numérica para envolvernos, trataron de trepar á una loma que se alzaba á nuestra derecha. El general Dupont al verlo envió los dragones del general Pryvé, el batallón suizo-francés de Freuler y un batallón de la cuarta legión de reserva; los dos batallones de infantería avanzaron resueltamente, mientras el general Pryvé por su derecha dirigía sus escuadrones al trote, mandándoles que se dispersasen en grupos de tiradores y que llegasen como les fuese posible por no permitir aquel camino, cubierto de matorrales y olivos, que marchase la caballería ordenadamente; y en efecto, después de haber sostenido algún tiempo los dos batallones desplegados el fuego de los españoles, llegando nuestros jinetes á lo alto de la loma y formados rápidamente, lanzáronse al galope sobre los batallones españoles, los deshicieron y los obligaron á replegarse sobre su línea de batalla, quitándoles tres banderas.

La misma tentativa que acabábamos de rechazar á nuestra derecha, se repitió por parte de los españoles á nuestra izquierda, en las alturas que la dominaban. El general Dupont, decidido ya á poner en línea todo el resto de sus tropas, excepto un batallón de la guardia de París que había dejado en observación en el puente del Rumbler, opone la brigada de Pannetier á este nuevo movimiento de los españoles, y manda á los dragones, llevados de derecha á izquierda, que repitan la misma maniobra que tan bien les había salido.

Mientras los tres batallones de la brigada Pannetier contrarrestan el empuje de los españoles que amagan á nuestra izquierda, tiroteándose con ellos, el general

Pryvé, repitiendo la misma operación que había ejecutado, conduce sus jinetes en grupos por entre los olivos y matorrales, los forma al llegar á la mesa de la colina, y los despide luego contra los españoles, los cuales, cediendo á su ímpetu, se vuelven á replegar sobre su cuerpo de batalla. Entretanto la brigada suiza sigue manteniéndose incontestable en medio de la llanura, mientras el valiente general Dupré, que acababa de entrar en línea con sus cazadores de á caballo, da las más brillantes cargas sobre el centro del ejército español. Pero el enemigo, después de sufrirlos por la derecha, por la izquierda y por el centro, después de ser acometido á bayonetazos y á sablazos, se repliega siempre sobre dos líneas inmóviles que en el fondo del campo se divisan como un impenetrable muro de bronce. Estas dos líneas, además de contener un número de combatientes triple ó cuádruplo del nuestro, apoyan la espalda en el pueblo de Bailén, protegidas sus alas con alturas arboladas y su frente con formidable artillería.

Este espectáculo empezó á intimidar á nuestros soldados. Eran las diez de la mañana: el calor inaguantable: hombres y caballos jadeaban de cansados, y en aquel campo de batalla devorado por el sol no teníamos ni una gota de agua ni un hilo de sombra para no morir abrasados en los breves intervalos de tan sangrienta lucha.

¿Qué hacía entretanto el general Vedel, que en los dos últimos días estaba siempre dispuesto á mudar de posición, que acudía cuando nadie le necesitaba, y que no se sabe adonde está, ahora que es tan indispensable su asistencia? ¿Será posible que no acuda al estampido del cañón que en aquellas profundas gargantas debe resonar hasta en la Carolina? Hace el general Dupont que se le anuncie en las filas para reanimar sus soldados y después se decide á intentar un movimiento general para tomar la posición por asalto. Recorre el frente de sus tropas y hace que les pongan á la vista las banderas ganadas por la caballería; al verlas los soldados llenos de juvenil ardimiento exclaman: ¡Viva el emperador! Algunos oficiales, movidos del peligro, aconsejan que se forme en columna cerrada sobre la izquierda, y que se acometa solamente por el punto que corresponde al camino de Bailén á la Carolina, es decir, hacia la división de Vedel, poniéndose por allí en salvo y resignándose al sacrificio doloroso, pero necesario, de los bagajes en que iban los enfermos; mas el general Dupont, siempre obcecado en aquellos aciagos días, no alcanza la excelencia de este consejo, persiste en atacar de frente á toda la línea española, como si se tratara de tomar por asalto su ejército, y á la señal convenida cierran en masa sus soldados con el enemigo. Pero los españoles los reciben con tremendas descargas de fusilería y su línea vacila insegura. Refórmanla los oficiales, llévanla de nuevo adelante, mientras el denodado Dupré, arrancando con sus cazadores de á caballo por los intervalos de nuestra infantería, les da el ejemplo cargando de lleno sobre la línea española, abre en ella brecha, penetra, toma cañones que no puede llevarse, y al querer pasar adelante se ve detenido ante una muralla viva, inaccesible, impenetrable, que desespera poder romper. El malhadado general, después de hacer los más heroicos esfuerzos, cae de su caballo herido en el vientre por un casco de metralla.

Ocho ó nueve horas duraba la desigual pelea; casi todos los oficiales superiores quedaban muertos ó heridos. Vefanse muchos batallones mandados por capitanes y muchas compañías por sargentos mayores. La artillería estaba desmontada. El general Dupont, desesperado y con dos balazos, redime sus faltas con una conducta gloriosa; exige de sus soldados una última prueba de abnegación, los vuelve á formar en línea. Avanzan ellos animados por el ejemplo de los marinos de la guardia imperial, que ni un momento decaen de su bien adquirido renombre; pero después de una nueva embestida contra la primera línea ven que la segunda permanece siempre inmóvil, y vuelven á verse rechazados á la entrada de la triste y funesta llanura que no les es dado atravesar. En tan horrible situación, un acontecimiento inesperado, aunque fácil de prever, acaba de abatirlos: los regimientos suizos de Preux y Reding, que tan dignamente se habían comportado al principio, cediendo por fin á su mala estrella y á la pesadumbre de tener que luchar contra suizos y españoles, paisanos aquéllos y éstos antiguos compañeros de armas, á pesar del ejemplo que les daban los suizos franceses de Freuler batiéndose como leones y de los esfuerzos de sus oficiales, desiertan casi todos: mil seiscientos hombres abandonan en breves instantes el campo de batalla donde éramos ya tan pocos. Quedaban escasamente tres mil hombres en pie por nuestra parte, de nueve mil que había por la mañana. De muertos y heridos contábamos mil ochocientos; mil seiscientos acababan de pasarse al enemigo, y otros dos ó tres mil, rendidos por el cansancio, vencidos por el calor y la disentería, yacían por tierra abandonadas las armas: pintada estaba la desesperación en todos los semblantes. Recorre el general Dupont las filas desiertas de su ejército, y lee en todos los ojos el mismo dolor que le devoraba el alma; asido no obstante á una vaga esperanza, aplica acucioso el oído para percibir los lejanos estampidos de la artillería de Vedel; ¡pero en vano! No se oye en aquella sangrienta y abrasada llanura más rumor que el de algunos fusilazos aislados, porque ya el combate había cesado de una y otra parte.

Pero el triste silencio que empieza á reinar se interrumpe súbitamente con descargas de cañón, que para colmo de desesperación no resuenan á la izquierda de donde se esperaban, sino á la espalda, hacia el puente del Rumbler. Era que el general Castaños, noticioso á las dos ó á las tres de la mañana de que los franceses habían desamparado á Andújar, había inmediatamente enviado en su persecución todas las tropas que le quedaban á las órdenes del general Peña, y éste, usando de una señal convenida, anunciaba su aproximación al general Reding con descargas de artillería. La perdición era, pues, completa: los tres mil hombres que permanecían en las filas, los tres ó cuatro mil que andaban dispersos por el campo de batalla, los heridos, los enfermos, todos iban á ser pasados á cuchillo entre los dos ejércitos de Reding y de Peña, cuyas fuerzas debían ascender á unos treinta mil hombres. Llegó á su colmo con este pensamiento la aflicción de Dupont, y no se le ocurrió más medio de salvación que tratar con el enemigo.

Estaba entre sus oficiales Mr. de Villoutreys, caballero del emperador, que deseoso de entrar en servicio

activo había sido agregado á su cuerpo de ejército; y le encargó que fuese á avistarse con el general Reding, proponiéndole una suspensión de armas. Cruza Mr. de Villoutreys aquella siniestra llanura, teatro de nuestros primeros reveses; llega á la tienda de Reding, y en nombre del general francés le pide una tregua de algunas horas, alegando el cansancio de los dos ejércitos. Deseoso Reding de terminar la lid con los franceses por lo mucho que con semejantes adversarios temía un cambio de fortuna, acepta la tregua con la condición de que fuese ratificada por el general en jefe Castaños, y promete hacer cesar inmediatamente el fuego.

Vuelve Mr. de Villoutreys al general Dupont, que le despacha nuevamente al encuentro del general Peña, para que se detenga en el puente del Rumbler; acude allí diligente y ve empeñado ya el combate entre las tropas españolas y varias guerrillas de la guardia de París. Menos asequible el general Peña que Reding, y rebosando altivez española, declara que sólo accede á la tregua provisionalmente y hasta que conste la adhesión del general en jefe; anunciando además que los franceses no obtendrán cuartel si no se entregan á discreción. Suspéndese el fuego de una y otra parte, y descansan por fin los franceses en aquella fatal llanura en que yacen confundidos los cadáveres y los moribundos, con un calor devorador, un silencio espantoso y sin una gota de agua en parte alguna más que en el cenagoso barranco del Rumbler, al que todos se precipitan con ansia. Reina una inmovilidad absoluta, pero unos exultan gozosos y otros inclinan la frente desesperados.

Vuelve Mr. de Villoutreys á su general en jefe, y éste le despacha tercera vez para que vaya camino de Andújar al encuentro del general Castaños á pedirle que ratifique la tregua consentida por sus lugartenientes; y el desgraciado Dupont, hasta entonces tan glorioso y afortunado vuelve á su tienda agobiado de pesares que le hacen casi insensible á los dolores físicos de sus dos graves heridas. Tal es la inestable fortuna en la guerra, en la política, en todo lo de este mundo, mar agitado y revuelto, teatro de mudanzas, en que el bien y el mal van encadenados, se suceden y se eclipsan mutuamente, sin dejar más que ruinas y miseria después de una larga serie de sensaciones contrarias. Tres años antes ese mismo general Dupont había corrido como un rayo á sostener al mariscal Mortier en la margen del Danubio y le había sacado salvo en Diernstein; pero eran aquellos otros tiempos, otros países y otro espíritu. Era en diciembre, y en el Norte: era con aguerridos veteranos, llenos de vida y energía, estimulados por un clima riguroso en vez de sufrir el influjo de un clima enervador, acostumbrados á todas las vicisitudes de la guerra, exaltados por el honor y siempre resueltos á morir sin rendirse. Con soldados como aquéllos, si su posición resultaba momentáneamente comprometida, siempre había lugar de acorrerlos y librarlos. Por otro lado la fortuna nos era entonces favorable y lo recuperaba todo: nadie llegaba tarde, nadie se engañaba. Y si uno cometía un error, otro lo corregía. Ahora, en esa fatal España, donde nuestra entrada había sido tan poco digna, teníamos soldados bisonños, descaecidos, enfermos, enervados por el clima y poco hechos á la fatiga: empezábamos á ser desgraciados, y si uno se engañaba, otro agravaba su error. Dupont había socorrido á Mortier

en Diernstein. Vedel ahora no acudía á socorrer al infortunado Dupont sino para llegar cuando ya fuese tarde.

¿Qué hacía, pues, el general Vedel que no parecía, hallándose á pocas leguas de distancia, con dos divisiones, cuando una de ellas solamente hubiera bastado para cambiar la suerte de aquella fatal jornada? Dos veces se había ya engañado y le faltaba engañarse la tercera. Después de haber salido de Bailén el 17 por la noche, de haber llegado antes del alba á Guarromán, de haber vuelto á la Carolina el 18, persiguiendo el fantasma de un enemigo ansioso, según el creía, de tomarle los desfiladeros, se convenció por fin el mismo día 18 de que tanto él como el general Dufour corrían en pos de una quimera. El supuesto ejército español que se había dirigido en masa hacia aquellas gargantas para encerrar en ellas al ejército francés, se reducía á unas cuantas guerrillas que había abultado el miedo á los ojos de ciertos oficiales poco expertos, hasta el punto de presentárselas como formidables divisiones. Ultimamente algunos reconocimientos practicados en todos sentidos, las contestaciones de varios prisioneros y paisanos habían hecho conocer la verdad á los generales Dufour y Vedel. Desde aquel instante concibieron el proyecto de regresar á Bailén, porque no era ciertamente el buen deseo lo que les faltaba, y Vedel, que había partido el último, y que se había internado menos en las gargantas, debía ser el primero en retroceder á Bailén, pero con sus continuas idas y venidas tenía rendidos á sus infelices soldados. Sin descanso y casi sin comer habían andado los caminos de Bailén á Andújar, de Andújar á Bailén, de Bailén á la Carolina, y forzoso era dejarles descansar todo lo que quedaba del día 18. Convidaban por cierto á hacerlo así la fresca del paraje, las frutas, las legumbres y los víveres de la Carolina; además los carros de la artillería, rotos y descompuestos con la gran sequedad y los malos caminos, reclamaban algunas reparaciones. Ignorábase, por último, el triste secreto de los acontecimientos, y creíase que estando al otro día en Bailén se llegaba á tiempo. A tiempo hubieran llegado con efecto, poniéndose en camino el 19 á las tres de la mañana, porque habrían llegado á Bailén á las once, habrían cogido á Reding entre dos fuegos y convertido la funesta jornada de Bailén en una segunda Marengo.

El 19, á las tres de la mañana, varios oficiales diligentes, que habían sacudido el sueño antes que los demás para tener bien dispuesta su tropa, oyeron los cañonazos de Bailén, que resonando de eco en eco, llegaron hasta las más profundas gargantas de Sierra Morena. Calcularon que aquellos cañonazos no podían menos de ser los de la artillería del general en jefe que hubiese ya venido á las manos con los españoles, por cuanto sólo él ocupaba las orillas del Guadalquivir. Sin embargo, ¿cómo era posible que habiéndole dejado con los españoles en Andújar se oyese ahora sus disparos en una posición que no podía menos de ser la de Bailén? No sabían explicarlo, pero era seguro que se percibían las detonaciones repetidas de la artillería, y el precepto vulgar de acudir á los cañonazos, siempre invocado y y tantas veces desoído, no permitía titubear. Aún podían, poniéndose inmediatamente en marcha con la fresca y acelerando el paso, llegar á tiempo para descargar

sobre el enemigo golpes decisivos; pero el general Vedel, tan pronto en decidirse en los días 16 y 17, muestra esta vez una indecisión inexplicable: pierde dos horas en formar su columna y no emprende la marcha hasta las cinco, cuando ya el calor era grande. Marchan las tropas en columnas aproximadas por causa de la intermediación del enemigo, y alzan una polvareda sofocante; desbáñanse para refrescarse cada vez que encuentran alguna breña que destila gotas de agua, y de este modo no llegan hasta cerca de las once á Guarromán, que es la mitad del camino de la Carolina á Bailén. Habíase en aquella sazón amortiguado el combate en Bailén, y se oían menos detonaciones; sin embargo, se percibían á intervalos algunas, ya distinta, ya vagamente, según la dirección del viento.

Sin mala intención el general Vedel, puesto que por el contrario era hombre sinceramente devoto del honor de las armas francesas, pero por una obcecación semejante á la que había alucinado á Dupont haciéndole creer que el peligro estaba sólo en Andújar, se obstina en su duda, y se empeña en que lo que estaba oyendo era una mera escaramuza de avanzadas á la orilla del Guadalquivir. Decídese á no ir á Bailén hasta haber por lo menos explorado detenidamente las gargantas, y quedar convencido de que no estaba el enemigo en el camino traveso de Linares, que desemboca en Guarromán, y manda al efecto un pelotón de caballería á camppear en aquella dirección. Llega en esto el mediodía: cesan las detonaciones del cañón, porque acabó la batalla en Bailén; y el silencio de la derrota y de la desesperación acaba de alucinar al general Vedel, que se persuade firmemente de que se había equivocado. Aciertan sus tropas en aquellos instantes á apoderarse de un rebaño de cabras, y viendo su hambre les concede dos horas de descanso para que puedan hacer su rancho. Vuelven á continuar su marcha á las dos, sin la menor impaciencia, porque en todas partes reinaba el silencio más profundo, y hacia las cinco de la tarde desembocan en Bailén, donde se encuentran con los españoles. Sin darse razón exacta de lo ocurrido, imaginábase haberse interpuesto el enemigo entre el general Dupont y ellos; y el general Vedel, sin vacilar, resuelve abrirse paso por entre el ejército español para reunirse con su general en jefe. Dispónese, pues, á embestir por la derecha, con objeto de tomar por la vuelta de Bailén el camino de Andújar y juntarse con el general Dupont en cualquiera de sus puntos, y en el momento de dictar sus órdenes, viene un parlamentario español á anunciarle que media una tregua. Niégase Vedel á crearle, y despacha uno de sus oficiales al campo de Reding para saber qué ocurre, declarando que sólo concede media hora de término, pasado el cual si no se le contesta romperá el fuego. Sigue entretanto tomando sus disposiciones, y pasada la media hora sin que volviese el oficial que había despachado, acomete impetuosamente: avanzan sus tropas con denuedo, envuelven á un batallón de infantería y le hacen prisionero: los coraceros cargan y arrollan cuanto se les pone por delante, pero le sale al encuentro un grupo de oficiales españoles, entre los que venía un ayudante de campo del general Dupont, y le intiman que cese el fuego y vuelva todo á su primer estado; y Vedel, aunque acalorado y resuelto, se ve en la precisión de detenerse ante la orden del ge-

neral en jefe (1). Tal era, no obstante, el poder de sus ilusiones, que aún no concebía la desgracia ocurrida al ejército, y se figuraba que la tregua invocada para detenerle era un principio de negociación con el general Castaños, cuyo celo por el levantamiento se había estimado como dudoso en el ejército francés y á quien todos creían dispuesto á tratar á la primera ocasión.

En esto había pasado el tiempo el general Vedel el día 16; este término tuvo aquella fatal jornada. Noticias los españoles de que la division de Vedel había llegado al campo, cobraron gran temor; y enfurecidos al saber que ya uno de sus batallones había caído prisionero, quisieron echarse sobre la division de Barbou y pasarla toda á cuchillo, suponiendo que la tregua pedida no era más que un amaño para dar tiempo de llegar á Vedel y renovar el combate en cuanto apareciese. Prorrumpieron en frenéticas exclamaciones, y entonces Dupont para aplacarlos expidió la orden de que acabamos de hacer mérito. Oportuna era la ocasión para tomar consejo del espanto mismo y de la furia de los españoles para recomenzar el ataque, acometiendo en columna cerrada á su izquierda: así lo propuso en efecto á Dupont el general Pryvé, que mandaba los dragones, enseñándole hasta las alturas por donde podía verificarse la incorporación con las tropas de Vedel; pero el malhadado general en jefe, postrado por la misma dolencia que se estaba á la sazón cebando en nuestro ejército, muy mortificado por sus heridas y presa además del general desaliento, estaba tan absorto en la contemplación de su desgracia, que nada respondió á lo que le decía el general Pryvé. No parecía sino que su desesperación le había quitado la comprensión de lo que estaba escuchando (2).

Pasamos la noche en el campo de batalla esperando las negociaciones del día siguiente; pero mientras los españoles nadaban en la abundancia, nuestros soldados carecían de todo, y pasaron la noche lo mismo que habían pasado el día, sin pan, sin agua, sin vino. Los que tenían en sus sacos algunas reliquias del último rancho ó algún líquido en sus calabazas, fueron los únicos que pudieron sustentarse.

Al otro día de mañana, Mr. de Villoutreys, que había sido enviado al cuartel general español para pedir la ratificación de la tregua, volvió anunciando que el general Castaños estaba pronto á tratar con bases equitativas, por lo cual iba inmediatamente á trasladarse á Bailén. Imaginó Dupont valerse en estas circunstancias del célebre general de ingenieros Marescot, que se hallaba en su division de paso para Gibraltar, á donde iba comisionado, y que había tratado mucho al general

(1) Este suceso se cuenta de muy diverso modo por el conde de Toreno, quien afirma que los españoles calificaron de *alevosa* la acción de Vedel de atacar el puesto que ocupaba el regimiento de Irlanda antes que regresase el oficial que había despachado á Dupont para cerciorarse de la tregua y cuando los nuestros estaban enteramente desapercibidos descansando en la buena fe de lo tratado. De todos modos, conviene se sepa que si bien lograron los franceses desbaratar al regimiento de Irlanda, que estaba prevenido, no tuvieron la misma suerte contra otro regimiento que defendía el mismo puesto, que era el de Ordenes Militares al mando del valiente Soler, el cual aguantó bizarramente la acometida, aunque Mr. Thiers lo calla. (N. del T.)

(2) Todos estos pormenores están sacados del voluminoso proceso, tan curioso como secreto, que se le formó á Dupont de 1808 al 1811. (N. del A.)

Castaños el año 1795. Envióle recado, y le rogó interpusiese todo su influjo con el general español á fin de obtener las mejores condiciones posibles. Marescot, poco deseoso de negociar y de firmar una capitulación que en manera alguna podía ser ventajosa, repugnó al principio el encargo con que se le brindaba; pero cedió luego á las instancias del general en jefe y consintió pasar al cuartel general español.

Para llegar adonde estaba Castaños había que tomar el camino de Andújar y atravesar por la division de la Peña. Encontró el general Marescot á éste en el puente del Rumblar, lleno de cólera y fulminando amenazas, quejoso de los supuestos movimientos que hacía el ejército francés para evadirse, diciendo que él tenía poderes para tratar, exigiendo que se entregasen á discreción inmediatamente todas las divisiones francesas, y declarando que si no se le daba respuesta á las dos horas iba á acometer y aniquilar á la division de Barbou. El general Marescot para contenerle se vió precisado á prometer que en las dos horas fijadas tendría la contestación.

En efecto, sin pérdida de tiempo regresó Marescot con estos enojosos pormenores al cuartel de Dupont, el cual recobrando con semejante noticia toda su altivez exclamó que prefería dejarse matar con el último de sus soldados á entregarse á discreción. Convocó á todos los generales de division y de brigada, y les preguntó si podía contar con ellos y con sus soldados; mas casi todos le respondieron que la tropa, descaecida con las fatigas, hambrienta y completamente desanimada, no quería volverse á batir. Quiso Dupont verlo por sus propios ojos; salió de su barraca, recorrió las tiendas acompañado de sus lugartenientes, y procuró reanimar los abatidos ánimos de sus bisoños. No hubieran seguramente permanecido sordos á su voz los veteranos de Egipto ó de Santo Domingo, avezados á aguantar el hambre, la sed y el calor; mas esto no podía esperarse de unos muchachos de veinte años, enervados con el exceso del calor; que estaban sin comer ni beber hacia ya treinta y seis horas, puestos entre dos fuegos, y reducidos á pelear en proporción de uno contra cinco ó seis, con su artillería desmontada. Quejáronse amargamente á sus oficiales de haber sido sacrificados, y hubo algunos que hasta arrojaron al suelo desesperados armas y cartuchos. El general Dupont, que necesitaba quien le animase, mal podía infundirles aliento y se retiró consternado. Los mismos oficiales que mejor se habían comportado el día antes declararon desesperado el caso, y sostuvieron que bien se podía negociar honrosamente después de haber lidiado con tanto valor: no pensaban que el último acto borra todos los precedentes y que siempre el fallo recae sobre el postrero. En cualquiera otra situación, no teniendo al general Vedel á su izquierda, hubiera sido disculpable la acción que aconsejaban, porque no hubiera habido más remedio que dejarse degollar, determinación no siempre infeliz; pero con el general Vedel á su izquierda, y con la probabilidad de incorporarse con él haciendo un esfuerzo á la desesperada, no había exculpación posible en rendirse antes de intentarlo. Sólo el descaecimiento y el desaliento podían explicar tamaña debilidad. Lisonjébanse por otra parte de que los españoles se contentarían con la evacuación de la Ardaducía, y de que los dejasen retirarse

por tierra al Norte de España sin exigir que entregasen las armas; así, pues, opinaron que debían entablarse tratos con el enemigo en vez de renovar una lid á sus ojos insostenible.

El desgraciado Dupont, contagiado del general desaliento, cedió por fin y dió sus poderes á Chabert, á quien se eligió por la extraordinaria intrepidez que el día anterior había desplegado á la cabeza de su brigada.

El general Marescot no quiso admitir más encargo que el de acompañarle y asistirle con sus consejos é influjo; y agregóse á los generales Chabert y Marescot Mr. de Villoutreys, que como portador de proposiciones había ya hablado con los jefes del ejército español. Partieron los tres al punto para tratar, no ya con el general La Peña, sino con el mismo Castaños, á quien encontraron en una casa de postas á la mitad del camino de Bailén á Andújar. Acompañábanle el conde de Tilly, que era uno de los individuos más influyentes de la Junta de Sevilla, y el capitán general de Granada, Escalante. El general Castaños, hombre afable, humano y prudente, recibió á los oficiales franceses con miramientos que no encontraron en el capitán general Escalante, en quien rivalizaban la debilidad y la violencia, ni en el conde de Tilly, que se comportaba como frenético demagogo (1). Conformándose con sus instrucciones, pidieron primeramente los oficiales franceses que las divisiones de Vedel y de Dufour, que no habían tomado parte en la batalla, no habían sido envueltas y podían por tanto eximirse de la suerte reservada á la división de Barbou (que era la que había peleado á las órdenes de Dupont), no se comprendiesen en la capitulación, y que la división de Barbou por su parte pudiera retirarse sobre Madrid, deponiendo ó no las armas según el resultado de la negociación. Negáronse los generales españoles obstinadamente á admitir estas proposiciones, por cuanto tenían en sus manos hacer de la división de Barbou lo que quisieran, y si consentían abrir pláticas era por el deseo de apoderarse también de las divisiones de Vedel y Dufour. Exigieron que fuesen comprendidas en la capitulación, concediendo por otra parte á cada una de las divisiones francesas un tratado conforme con su actual situación. Querían, pues, que la división de Barbou quedase prisionera, y que las de Vedel y Dufour regresasen á Francia por mar.

Resistieron enérgicamente los negociadores franceses estas diversas pretensiones, y al cabo, después de prolijos debates, se convino en estas dos condiciones: primera, que las tres divisiones pudiesen retirarse sobre Madrid; segunda, que las divisiones de Vedel y de Dufour hiciesen su retirada sin entregar las armas, al paso que las entregaría la división de Barbou que había sido envuelta. Estas condiciones, aunque duras para el honor de las armas francesas, salvaban á las tres divisiones, y parecieron admisibles. Iban ya á redactarse, cuando ocurrió un nuevo incidente que puso el colmo á los infortunios de ese ejército de Andalucía en que parecía estarse cebando sin piedad la enemiga fortuna.

(1) Esta dura calificación puede considerarse como un desahogo del resentimiento que sin duda ha producido en Mr. Thiers el leer que el conde de Tilly fué el que más empeño manifestó en que no se permitiera á los franceses reparar sin estorbo la Sierra Morena, por el profundo disgusto que le había causado la petulancia de los negociadores mandados por Dupont. (N. del T.)

Recibió el general Castaños un pliego que habían quitado á un oficial francés joven enviado desde Madrid por Savary al general Dupont, en que se contenían varias instrucciones dadas el 16 ó 17 de julio, cuando aún no se había recibido en la corte la feliz noticia de la victoria conseguida en Ríoseco. Reinaba allí la mayor inquietud antes de saberse dicho acontecimiento, temíase mucho que se frustrara la toma de Zaragoza, se había dispuesto una concentración general de todas las tropas del Mediodía sobre Madrid, y de resultas de esta disposición se encargaba al general Dupont que á pesar de las instrucciones anteriores convenía que regresase á la Mancha. Al leer tan interesante despacho, que la casualidad hacía caer en sus manos, comprendió perfectamente el general Castaños que si concedía la retirada sobre Madrid, en vez de obtener la evacuación voluntaria de Andalucía y la Mancha, iba á contribuir por su parte al proyecto de concentración de los franceses; que su retirada debía verificarse de todos modos, aun sin el descalabro de Bailén, por lo cual con semejante capitulación sólo lograba el estéril honor de dejar á la división de Barbou sin fusiles y sin cañones, los que le serían en breve devueltos en Madrid; que convenía por consiguiente evitar el regreso de aquellos veinte mil hombres al Norte de España, donde podrían contribuir con su presencia á mejorar la posición del nuevo rey.

Con este propósito, cuando se trató de redactar las condiciones de la capitulación, al querer especificar la vuelta por tierra de las tres divisiones, una sin armas y las otras dos con ellas, el general Castaños, siempre moderado en las expresiones, pero terminante esta vez en cuanto al concepto, declaró explícitamente que desechaba el artículo. Quejéronse amargamente los generales franceses de esta especie de infracción de la palabra dada, recordando que pocos momentos antes había sido aceptada la condición rechazada ahora; no lo negó el general español, pero para dar una prueba de su buena fe manifestó al general Marescot la carta interceptada del general Savary, y le preguntó si mediante aquellas noticias podía exigirse de él que se mantuviese en las primeras condiciones proyectadas. Leyó Marescot el pliego, participó su contenido á sus colegas consternados, y fuéle preciso tratar sobre nuevas bases. Estipulóse en consecuencia que la división de Barbou quedase prisionera de guerra; que las divisiones de Vedel y Dufour solamente tuviesen que salir de España por mar; que no dejarían éstas las armas, pero que á fin de evitar choques las entregarían para recobrarlas después á su embarco en Sanlúcar y Rota; que el transporte por mar se verificaría con bandera española, encargándose de hacerla respetar por los ingleses. Arregláronse después algunos pormenores materiales, y obtuvieron nuestros negociadores, según era costumbre, que los oficiales conservasen sus bagajes, que los oficiales superiores pudieran llevar un furgón exento de registro, pero que se registrarían los sacos de los soldados para asegurarse de que no llevaban vasos sagrados. Trabóse una reñida discusión sobre este artículo tan deshonroso para nuestras tropas, y que no hubiera debido firmar jamás ningún general francés; pero Castaños, con su sagacidad característica, alegó el fanatismo del pueblo español y la necesidad imperiosa de satisfacerle; dijo que de no

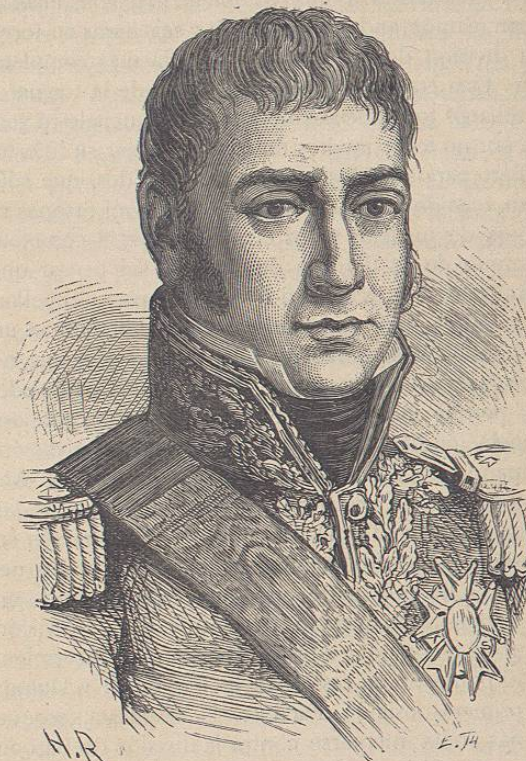
publicar que habían sido registrados los sacos de los soldados, podría figurarse el vulgo que se llevaban los vasos sagrados de Córdoba, y aun sería capaz de echarse sobre ellos; que en prueba de que sólo se trataba de cubrir las apariencias, los mismos oficiales franceses harían el registro, con lo que nada tendría este acto de humillante para el honor del ejército. Habíamos ya empezado á ceder y tuvimos que seguir cediendo; todo se consintió, excepto la redacción definitiva, que se aplazó para el siguiente día.

Mientras se discutían las tristes condiciones de esta capitulación, aceptadas todas una tras otra, llegaron al paraje en que se celebraban los tratos un ayudante de campo de Vedel y el capitán Baste de marinos de la guardia, encargados de abogar por la división de Vedel. Conviene saber que el 20 por la mañana, cuando el general Vedel, mejor informado, supo la desgracia ocurrida á la división de Dupont, por causa suya en cierto modo, desesperado y fuera de sí se brindó á renovar inmediatamente el combate en la noche del día siguiente (es decir, en la del 20 al 21), prometiendo abrirse paso por el cuerpo del ejército del general Reding, y desembarazar á su general en jefe, con tal de que éste por su lado hiciese lo posible. Añadió que si Dupont no quería poner nada de su parte, al menos no debía sacrificar á la división de Vedel, que por su situación enteramente distinta de la que había cabido en suerte á la división de Barbou, puesto que no había sido envuelta, tenía derecho á ser tratada de muy diversa manera. Encargó al capitán Baste y á uno de sus ayudantes de campo que fuese á manifestárselo así al general Dupont: Baste, que era entendido é intrépido y aficionado á entrometerse en las cosas del mando, instó mucho al general Dupont para que á la noche siguiente se intentase un ataque á la desesperada, abandonando todos los bagajes y hasta la misma artillería si era necesario, reuniendo toda la gente que se pudiese, sin excluir á los enfermos capaces de tenerse en pie, y haciendo un esfuerzo por abrirse camino el general Dupont por su izquierda y Vedel por su derecha. Sin disputa la cosa era posible; pero el general Dupont, sin salir de su postración, dando apenas oídos á lo que se le decía, se excusó alegando el desaliento incurable de su ejército, la negociación ya comenzada, el tratado ya casi terminado y aun firmado quizá en el camino de Andújar, y envió á Baste á abogar con los negociadores por la causa de la división de Vedel.

Este fué el motivo de presentarse el capitán Baste en el paraje de las conferencias. Dirigióse desde luego á los negociadores franceses, á quienes halló cansados de una larga discusión y con humor muy poco á propósito para volver á suscitar una cuestión en que siempre habían salido vencidos: dejaba un campo donde todo era efervescencia é indignación con sólo que se apuntase la idea de rendirse, y llegaba á otro donde para los franceses no había más que abatimiento y desesperación; y no pudiendo comprender unas emociones de que no participaba, se volvió indignado al cuartel general de Dupont.

Después de este incidente los tres negociadores franceses acompañaron á Andújar á los negociadores españoles, para redactar definitivamente aquella capitulación destinada á tan triste renombre, y el capitán Baste re-

gresó á Bailén para referir al general Dupont lo que acababa de suceder. Renacieron en el francés al escucharle todos los sentimientos de honor amortiguados, y encargó á Baste que aconsejase al general Vedel que se pusiese en cobro inmediatamente tomando la vía de la Carolina y Sierra Morena con dirección á Madrid. Podían en efecto, entre los generales Vedel y Dufour conducir salvos hacia la corte de nueve á diez mil hombres, y aventajándose á los españoles es indudable que tenían muchas probabilidades de poder hacer una retirada con felicidad. Iba la noble inspiración del general



El general Dupont

Dupont á salvar de la tremenda catástrofe á más de la mitad del ejército francés, si bien no desconocía lo mucho que agravaba la condición de la otra mitad.

Partió al punto el capitán Baste al campo del general Vedel, situado entre Bailén y la Carolina, y le comunicó con el triste resultado de las negociaciones de Andújar la autorización para retirarse sobre Madrid. Vedel sin perder un instante expidió las órdenes consiguientes, y aquella misma noche todas sus tropas emprendieron la marcha con las del general Dufour. Había unos quinientos ó seiscientos hombres despeados de resultas de las continuas idas y venidas de las dos divisiones: en la acción de Menjíbar habían salido también algunos heridos, de modo que era forzoso dejar unos setecientos ú ochocientos hombres rezagados, ó lo que era lo mismo, destinados á morir á puñaladas. Muy dolorosa fué aquella separación, pero tales son los azares de la guerra. El interés general, ante el cual enmudece siempre el interés individual, endurece los corazones ó los dispone por lo menos á contemplar siempre con resignación los males ajenos. Quedaron aquellos infelices compañeros abandonados en los pueblos del tránsito, y toda la parte útil se encaminó hacia Madrid